

**Después de la batalla, nada más sucedió.
Representaciones de la post-conquista mexicana**

Romana Radlwimmer
(Universidad de Tubinga)

El ruido y el silencio

Los acontecimientos después de la caída de Tenochtitlán se dejan clasificar como *post-conquista*. En su estudio sobre el *Códice Florentino*, Sara Castro-Klarén emplea el término como marcador de diferencia respecto a cuestiones prehispánicas. La autora indaga en el “texto náhuatl postconquista” y en los actos “de interpretación *sui generis* postconquista” por los “neo-tlacuilos” biculturales; en el proceso entiende “un México tempranamente post-conquista” no sólo como período histórico, sino también como situación epistemológica provocada por las circunstancias políticas (90-108, énfasis original).¹ Si la post-conquista es un estado que trasciende la categoría temporal, su comienzo ya no es un dato tan obvio. Esta perspectiva permite ver que los sucesos antes, durante y después de la conquista se relacionan y solapan diferentes temporalidades y saberes, “traspasando el umbral de las distintas épocas” (Blumenberg, 56). No obstante, las crónicas de Indias y la recepción posterior representan la conquista mexicana frecuentemente como evento monumental que cambia el rumbo de la historia de forma irreversible. El *Códice Florentino* retrata el traspaso del sitio a la capitulación como tiempo suspendido:

De golpe acabó la batalla, todo quedó en calma y nada más sucedió. Se fueron luego nuestros enemigos y todo quedó en calma. Nada aconteció durante la noche. Y al día siguiente, nada en absoluto pasó. Nadie hablaba siquiera. Los mexicas estaban replegados en defensa. Y los españoles nada obraban. Sólo estaban en sus posiciones, veían constantemente a los mexicas. Nada se dispuso, no hacían más que estar a la expectativa unos y otros (Sahagún 2013, 151).²

Dentro de la ciudad cercada, los mexicas perciben la vida paralizada, interrumpida, anulada; nada se hace, nada se oye, y nadie habla nada. Solo se espera a que las actividades recomiencen. Los dos bandos se diferencian a través de la mirada colonial: los españoles observan a los mexicas, quienes observan que se les observa. Pronto, el vacío dará lugar a nuevos movimientos y agitaciones, pero por ahora, el silencio es crucial. El mismo motivo aparece en la *Historia verdadera* de Bernal Díaz del Castillo:

Prendiose a Guatémuz y sus capitanes en trece de agosto, [...] año de mil e quinientos y veinte y un años [...] Y [...] quedamos tan sordos todos los soldados como si de antes estuviera uno hombre encima de un campanario y tañesen muchas campanas, y en aquel instante que las tañían, cesasen de las tañer. Y esto digo al propósito porque todos los noventa y tres días que sobre esta cibdad estuvimos, de noche y de día daban tantos gritos y voces unos capitanes mexicanos [...]; otros llamando a los de las canoas [...]; otros en hincar palizadas y abrir y ahondar las aberturas de agua y puentes e en hacer albarradas; otros en aderezar vara y

¹ Castro-Klarén habla tanto de “post-conquista” como de “postconquista”, sin distinguir semánticamente entre ambas ortografías.

² Los organizadores y traductores del nahua, Miguel León Portilla y Ángel María Garibay K., indican en una nota al pie de página que el texto proviene de los “[i]nformantes de Sahagún: *Códice Florentino*, lib. XII, caps XXXIV, XXXVII y XXXVIII. (Versión de Ángel Ma. Garibay K.)” (Sahagún 2013, 151). En la *Historia general de las cosas de la Nueva España*, en cambio, este párrafo no es igual, pero se lee de esta forma: “Y por entonces cesó la pelea. Bolviéronse [sic] todos a sus ranchos, y el día siguiente tampoco pelearon. [...] Otro día después de eso no pelearon” (Sahagún 1990, 1000-1001). Las divergencias muestran el espectro de interpretación que abren las diferentes lenguas y versiones del texto compilado por Sahagún, y sus traducciones y ediciones. Para un análisis detallado de la historia del manuscrito y de las ediciones véase García Quintana; para los significados de la traducción en la obra de Sahagún véase Ríos Castaño.

flecha, y las mujeres en hacer piedras rollizas para tirar con las hondas; pues desde los adoratorios y torres de ídolos, los malditos atambores y cornetas y atabales dolorosos nunca paraban de sonar. Y desta manera, de noche y de día teníamos el mayor ruido, que no nos oíamos los unos a los otros; y después de preso el Guatémuz, cesaron las voces y todo el ruido; y por esta causa he dicho como si de antes estuviéramos en campanario (676-677).³

En la crónica del soldado español, el 13 de agosto de 1521 se caracteriza por la quietud. Así, el silencio inaugura la post-conquista despidiendo el ruido del asedio causado por los alaridos, obras e instrumentos de los mexicas. Bernal invierte la lógica del *Códice Florentino* donde los gritones son los conquistadores. El texto nahua termina con los escandalosos “tiros” que los españoles “soltaron [...] por alegría de la conclusión de la guerra” (Sahagún 1990, 1002). En la *Historia verdadera*, el escenario primero bullicioso y luego callado designa la guerra y la paz, y se compara con una campana que, oída desde cerca, ensordece el oído. El ruido y el silencio se asocian igualmente con las torres de los templos aztecas frente al imaginario de un campanario cristiano. Las campanas, símbolos literarios y culturales poderosos, dominan el paisaje sonoro del viejo continente en el siglo XVI: organizan la vida social, conforman las comunidades y las atan a espacios (Atkinson 2016b, 69). Su sonido universal y reconocible extiende los lugares figurativamente y los transporta lejos con su eco dominante (Atkinson 2016a, 149). En este sentido, la sonoridad que Bernal evoca anticipa la reconstrucción cristiana de Tenochtitlán y anuncia la formación del poder europeo.

El silencio y el ruido se perpetúan, durante las siguientes décadas, a nivel metafórico en las intrincadas dinámicas de inclusión y exclusión sociopolíticas. Las voces indígenas se marginalizan cada vez más (Rabasa 52), pero las emergentes crónicas españolas y mestizas se complementan con los relatos que recuperan los saberes nativos.⁴ En este período historiográfico prolífero, la conquista se instala como el “gran relato” (Lyotard 4) que da paso a la modernidad colonial. La atención de las crónicas gira, una y otra vez, en torno a las “grandes etapas de la conquista de México” que comienzan con “la expedición de Cortés, en 1519” y terminan con el sitio de Tenochtitlán: “[L]a conquista duró poco más o menos dos años” (Todorov 60-61). La fascinación por la historia coincide con la negligencia de los asuntos contemporáneos. Las representaciones sobre la post-conquista mexicana cuestionan el significado de la era y la construyen como marginal, tal como lo hace Diego Muñoz Camargo en la *Historia de Tlaxcala*: “Habiendo tratado sumariamente de las cosas sucedidas en esta tierra y venida de los primeros españoles, será bien hacer otra breve discursación de tiempos, aunque distante y apartada de nuestro principal intento, no saliendo de los límites de nuestra instrucción” (251). Comparado con los antecedentes tlaxcaltecas en la guerra colonial, la post-conquista tiene, en los ojos del cronista, un valor secundario. El libro II de Muñoz Camargo, intitulado “Conquista”, narra los dos primeros años de los españoles en México en ocho capítulos, y resume las seis décadas después en dos, de 1521 a 1540 en un capítulo, y de 1550 a 1570 en otro. La post-conquista desaparece en la historia: “[A]caecían otras muchas suertes [...] [en diversas partes de esta tierra], y otras de que no se tenía noticia entera, que el tiempo y el descuido de nuestros españoles las han consumido y puesto en eterno olvido” (248). Muñoz Camargo sugiere que los episodios y conocimientos de la post-conquista se escapan de la

³ Aparte del ruido y silencio, Díaz del Castillo ve la caída de Tenochtitlán como diluvio casi bíblico, con sus connotaciones teológicas de lavar los pecados: “Llovió y relampagueó y tronó aquella tarde y hasta medianoche mucho más agua que otras veces” (676). Los informantes de Sahagún relatan que “llovía menudo” antes de que se entregara Cuauhtemoczin (1990, 1000).

⁴ A las crónicas españolas y mestizas, como las *Cartas de Relación* (1519-26) de Hernán Cortés, la *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España* (1568) de Bernal Díaz del Castillo, la *Historia de Tlaxcala* (alrededor de 1592) de Diego Muñoz Camargo, o la *Crónica Mexicana* (1598) de Hernando Alvarado Tezozómoc, se añaden las perspectivas nahuas, como del *Códice Florentino*, o de los códices como el *Códice Mexicano* (que se empieza a producir en los años 1580).

historiografía y se silencian para siempre —un proceso en el que el cronista tlaxcalteca participa activamente. Omite los detalles de las batallas finales por Tenochtitlán, y no las mira de forma involucrada como Bernal o los mexicas sitiados, sino desde una distancia histórica, política y social. El cronista contempla las estrategias del sitio, la fabricación de los bergantines y el avance español-tlaxcalteca hasta la laguna de México. Explica el plan de aniquilar a los aliados de los mexicas en Tepeyacac y otras provincias para desmembrar y cortar las raíces del árbol, y que quedando destroncado [...], con facilidad se derribaría por el suelo, porque [...] quedaría la ciudad de México sola, [...] no se podría sustentar mucho tiempo [...]; y tomado México todo lo demás se sujetaría con mucha facilidad” (239). Con la excusa de que “más elegantemente lo tratan los escritores de la conquista de México a que me refiero” (239), su relación salta de las preparatorias militares directamente al tiempo después, cuando ya se ha “ganado y conquistado la ciudad de México y pacificado mucha parte de la Nueva España” (241), silenciando de este modo los momentos transitorios en otras crónicas primordiales, pero inconformes con los intereses tlaxcaltecas.

En los márgenes historiográficos

El 13 de agosto de 1521 se conoce comúnmente como la fecha cuando el mundo habitado de los aztecas termina (Townsend 2019, 127-128). En los siglos después de la conquista, la élite española colonial promueve el 13 de agosto como *lieu de mémoire* en sus conmemoraciones anuales (Mundy 3). El *Códice Mexicano* —un libro compilado por intelectuales nahuas sesenta años después de la conquista— usa el símbolo del escudo español para señalar la victoria del ejército de Cortés. El suceso de pinturas demuestra que los mexicas siguen reconociendo a Cuauhtémoc como soberano, y por lo tanto, su entendimiento sobre una historia nahua no acaba, pero se transforma (Boornazian Diel 137). Para Díaz del Castillo, el testigo histórico, los eventos tienen su continuación inmediata y natural. Después del alto el fuego, Bernal prosigue —“¡juro, amén!”— a pintar imágenes imponentes de la laguna “llena de cabezas y cuerpos [de indios] muertos, que yo no sé de qué manera lo escriba”, y de la salida de los sobrevivientes “tan flacos y amarillos y sucios y hidiondos” de la ciudad “arada y sacada” (679-680). Bernal cuenta de la introducción del lago Chapultepec en la ciudad, arrastrando a los muertos, y de la repoblación de México (686-687). En este instante, Bernal ha concluido solo 157 de 214 capítulos de su *Historia verdadera*, y con minuciosidad relatará “lo que Cortés hizo después de ganado México” (686). Sin embargo, muchas historias de la conquista terminan con la escena de Tenochtitlán derrotada y vacía, transportando los eventos de 1521 a un nivel casi mitológico (Mundy 72) —un famoso ejemplo es el Libro XII del *Códice Florentino*, cuyos, en comparación, 41 breves capítulos del Libro XII concluyen con la rendición de los mexicas ante Cortés.⁵

Camilla Townsend reflexiona críticamente sobre el significado atribuido a la conquista. En su libro *El quinto sol. Una historia diferente de los Aztecas*, los “capítulos 1 al 3 [...] abarcan varias décadas y, en los capítulos 6 al 8, se hace lo mismo, pero los dos capítulos centrales, el 4 y el 5, están dedicados a la llegada de los europeos y abarcan los años de 1518 a 1522”. “Quizá,” considera la autora, “de alguna manera, eso da demasiado poder a los fanfarrones conquistadores” (2021, 36). Quizá, se puede añadir, los complejos desarrollos después de 1521 ya no son tan impresionantes para la imaginación historiográfica. El caos terrible los primeros meses del gobierno foráneo que describe Townsend (2019, 133) tal vez ya no cautiva tan fácilmente la curiosidad del lector como las noticias coloridas del Tenochtitlan azteca o las tácticas y técnicas de los combates. Muñoz Camargo habla del “desorden político

⁵ El *Códice Florentino* se escribe con las informaciones de los mayores que en su juventud “se hallaron en la misma conquista” porque los “conquistados supieron ... de muchas cosas ..., las cuales ignoraron los que los conquistaron” (Sahagún 1990, 949).

en los tiempos inmediatos a la conquista” y lo califica como una transición que queda, durante su vida, inacabada (241). La post-conquista aparentemente es un estado intermedio que incomoda. No se deja encasillar en un marco temporal fijo, ni es materia espectacular como la conquista de México, pero abre un espectro político heterogéneo en el que los ordenes vigentes están en constante negociación. Ahora, las culturas nativas actúan progresivamente desde la clandestinidad (Rabasa 52-53). Las crónicas se empeñan en evaluar el pasado y así influir en el presente, abriéndose o cerrándose para las múltiples historias de la (post-)conquista y las divergentes maneras de recordarlas. La *Historia de Tlaxcala*, por ejemplo, terminada alrededor de 1592, se escribe para subrayar la alianza tlaxcalteca con Cortés y la conversión voluntaria al cristianismo (Costilla y Ramírez 12; Velasco 309). Con ello, Muñoz Camargo pretende reclamar el papel tlaxcalteca en el sistema que se está estableciendo, y “reposicionarse en el nuevo mundo que se construye [...] en el México colonial” (Velasco 325). El hijo de un español y una mujer de la nobleza tlaxcalteca trabaja, durante su vida, en varias empresas comerciales, administrativas y políticas, es intérprete solicitado y adquiere riquezas. Se mueve en diferentes redes de la sociedad y las moviliza, pero nunca deja de ocupar del todo una localización periférica: en Tlaxcala, no forma parte de la gobernación por ser mestizo, y para los demás, él representa la nación tlaxcalteca, durante mucho tiempo empobrecida, que lucha por dejar atrás su importancia secundaria en la esfera de influencia de los mexicas (Gibson 201; Ward 230; Valdeón 216).⁶ Este desafío reivindica el historiador quien, “gracias a su interés por las tradiciones locales, ser bilingüe y ser un *letrado*”, establece un “espacio de negociación para Tlaxcala” (Velasco 325, énfasis original). Como otros cronistas, Muñoz Camargo tiene —y usa— el poder de ordenar los tiempos actuales convulsos a través de su escritura. El espacio literario otorgado a eventos y personajes les asigna un papel central o liminal. En los últimos dos capítulos de su *Historia de Tlaxcala*, el cronista está consciente de su estilo sin adornos y declara que de los asuntos de la post-conquista los tratará “breve y sumariamente” (253). La distribución de atención de Muñoz Camargo sigue, a grandes rasgos, la organización narrativa de Hernán Cortés. Las cartas del conquistador de Tenochtitlán terminan “proporcionando a los cronistas reales (Pedro Mártir de Anglería y Gonzalo Fernández de Oviedo) el relato fundante de la Conquista de México. Su estructura, la sucesión de los hechos y el acaecer narrado en cada uno de los episodios serían repetidos por estos y otros cronistas no reales” (Pastor 28-29). De manera similar que Muñoz Camargo, Gonzalo Fernández de Oviedo dedica sólo 9 capítulos (en el libro 34 de su *Historia*) a la post-conquista, mientras el amplio libro 33 sobre “la materia de la Nueva España” (555) abarca 57 capítulos.

La brevedad de las narraciones sobre la post-conquista mexicana evidencia, más allá de la poca consideración, la falta de información. El narrador de la *Historia verdadera*, seguro de sí mismo durante la conquista y frente a sus cronistas adversarios, pierde la confianza cuando los eventos se alejan demasiado de su horizonte de experiencias. Es ahí donde Bernal admite de contar de una forma incompleta, “porque yo no fui en aquella armada, mas de por oídas lo digo desta manera” (998), y donde recurre a lo que normalmente reprocha a su eterno enemigo, López de Gómara, y a los demás historiadores que “no lo vieron ni entendieron cuando lo escribían, que los verdaderos conquistadores y curiosos lectores que saben lo que pasó claramente les dirán que si todo lo que escriben de otras historias va como lo de la

⁶ La creciente influencia tlaxcalteca se refleja en el crecimiento urbano. En 1525, el papa convierte a Tlaxcala en la sede episcopal de la región y diez años más tarde se adquiere el estatus de “ciudad” que se sigue expandiendo en las décadas después (Baber 19). A partir de la independencia mexicana, empero, no ha dudado de posicionar a los tlaxcaltecas en un lugar marginal de la historia, entendiéndolos como los traidores, junto con los traductores como la Malinche (Alarcón). Para una discusión de las modificaciones discursivas sobre los tlaxcaltecas en la memoria cultural mexicana véase Navarrete, y de las negociaciones políticas de los tlaxcaltecas en el sistema colonial del s. XVI, véase Baber.

Nueva España, irá todo errado” (72). Desde la práctica empírica, Bernal delimita la periodización de la conquista de México y asimismo, las posibilidades historiográficas: sólo lo que se ha vivido pertenece a la relación, y si se relata lo que no se ha experimentado, no se narra bien. De forma parecida, Fernández de Oviedo duda de los cronistas en España, como de Pedro Mártir, y “sospecha que les faltó cierta información en muchas cosas que tocaron” (562). Oviedo, empero, resalta su autoridad historiográfica en la post-conquista mexicana, ya que “he visto e platicado con hombres de vista é buen entendimiento é merescedores de crédito” (563).

Espacios liminales

El poder español se expande gradualmente desde Tenochtitlán e intensifica la inestabilidad de la época. Muñoz Camargo certifica “las grandes contiendas y alteraciones que resultaron en la Ciudad de México, por la jornada que Cortés hizo á Hibueras” (253), en la que el padre del cronista tlaxcalteca participa antes de instalarse en Tenochtitlan (Gibson 198-199). Las exploraciones de Michoacán, Guatemala, Yucatán, Chiapas, o Nueva Galicia están, como dice el cronista tlaxcalteca, en los “límites” de la historiografía sobre la conquista mexicana (251).

Los conquistadores no pretenden subyugar únicamente la región o el continente —lo que llaman *Tierra firme* (Oviedo)— sino que buscan el camino hacia Asia, primero desde el sur y luego desde el norte de México (Undreiner 415). El territorio desconocido que colinda con la Nueva Galicia se da a conocer con los relatos fundacionales de Álvar Núñez Cabeza de Vaca. En 1540 ya se usará la expresión *Tierra Nueva* para la zona (Betti s.p.), pero durante la travesía del naufrago aún carece de denominación europea. Empezando con Colón, los conquistadores saben “perfectamente” que los terrenos conquistados “ya tienen nombre”, pero “las palabras de los demás” les “interesan poco”, y quieren “darles nombres *justos*; además, el dar nombres equivale a una toma de posesión” (Todorov 35, énfasis original). El sello oficial del vocabulario conocido, *Tierra Nueva*, acompaña el deseo de dejar atrás la inseguridad de la post-conquista. A mediados de los años 1530, Cabeza de Vaca y sus compañeros pasan por “un río [...] ancho como el de Sevilla” que aun no se llama Río Bravo, y caminan por las vastas tierras —Tamaulipas y Coahuila— hasta encontrar el primer “rastros de cristianos” cerca de la base española entonces más norteña, San Miguel de Culucacán, en Sinaloa, “Nueva Galicia” (Cabeza de Vaca 161, 189-190).⁷ De San Miguel, el grupo marcha a Compostela donde “el gobernador [Nuño de Guzmán] nos recibió muy bien [...]; y [...] partimos para México [...] donde del virrey y del marqués del Valle fuimos muy bien tratados [...], y [...] hubo fiesta y juego de cañas y toros” (201). La llegada de Cabeza de Vaca a México es una sensación que incentiva el entusiasmo por el norte (Flint y Cushing Flint 89). Para Cabeza de Vaca, al revés, la ciudad es meramente una parada técnica, y le molesta tener que quedarse antes de viajar a España: “Después que descansamos en México dos meses, yo me quise venir en estos reinos, y yendo a embarcar en el mes de octubre, vino una tormenta [...]. Y visto eso, acordé de pasar el invierno [...]; y después de pasado el invierno, [...] nos partimos de México” (202).

En este punto coinciden, curiosamente, las trayectorias de Cabeza de Vaca y de Muñoz Camargo. El joven tlaxcalteca, quien vive con su padre en México, evangeliza a la gente que llega con Cabeza de Vaca desde el norte (Gibson 200; Costilla y Ramírez 12). En los años 1530, “la isla de la post-conquista aun comparte los rasgos fundamentales con el Tenochtitlan pre-conquista”, ya que las plazas, mansiones e iglesias renacentistas sólo cubren un área pequeña, rodeada por la gran superficie urbana que ocupan los mexicas (Mundy 73, traducción de la autora). La ciudad tiene su propia gobernación nativa —un cabildo como los españoles— y florece gracias a los residentes aztecas que la reedifican con su probada

⁷ Para una discusión amplia del espacio traversado por Cabeza de Vaca véase p. ej. Undreiner.

tecnología de ingeniería acuática y que la nutren con su agricultura; hay mercados denominados en homenaje a los nobles mexicas, como el de Moyotlan al suroeste, donde, parecido a la vida antes de 1521, cientos de mujeres nahuas venden la masa de maíz, las bebidas con espuma, o los mantos de algodón en cambio de granos de cacao que aceptan como medio de pago (Mundy 73-75). En un testimonio personal, Diego Muñoz Camargo estiliza los barrios nativos como altamente peligrosos:

Acuérdome [...] que en la Ciudad de México, catorce años después de conquistada toda la tierra y pacificada por Cortés, yendo con otros muchachos hijos de españoles por los barrios de los naturales, nos corrieron unos indios embijados; de seis ó siete que íbamos nos cogieron un compañero y se lo llevaron, que nunca más pudo saberse de él; y sin este que nos llevaron a ojos vistas, hurtaban los que podían para comérselos u tornarlos indios. (248-249)

Los “barrios de los naturales” quedan al margen de lo que el cronista elogia como la “reforma, reedificación [...] de la insigne Ciudad de México” (251) por los españoles. Muñoz Camargo mira a los habitantes urbanos según los patrones retóricos de la conquista (Ward 230). La idea del amigo devorado remite a la enemistad tlaxcalteca-mexica, y sigue el modelo de la antigüedad europea que detecta la barbarie en los umbrales. “Diversas imágenes clásicas de monstruos míticos situados en los márgenes de la civilización contribuyen al proceso inicial de significación de los caníbales. El canibal emerge en contrapunto con otras imágenes como las de salvajes buenos” (Jáuregui 50) —tal como los indígenas que Diego cristianiza, cuya figuración se opone a la imagen de los mexicas situados en la liminalidad civilizatoria. “Lo liminar de esos ‘ciertos lugares’ anticipa el ‘hecho’ de que estén poblados de caníbales, al tiempo que el signo del canibal ubica estos espacios en el margen respecto del ‘aquí’ y el ‘ahora’ [...]. La tautología es la operación predilecta del discurso colonial” (Jáuregui 136).

En el período cuando Cabeza de Vaca regresa a Europa y Muñoz Camargo callejea por los barrios mexicas, los españoles cruzan los bordes norteños del imperio. Los transcurros de estas incursiones obviamente no corresponden a los conocimientos ni topográficos ni historiográficos de los cronistas mexicanos. Desde sus puntos de referencia geográfica, Tenochtitlan y Tlaxcala, Muñoz Camargo se sorprende de las “peregrinaciones en estas tierras tan desiertas, remotas y apartadas, larguísimas, anchas, extendidas y despobladas” (259), y relata que no se halla

cosa que buena fuese [...], ni que satisficiera en tierras tan inhabitables [...], y se hizo designio de que sí Vázquez Coronado topara con algún buen descubrimiento, que se comunicara [...] con esta Nueva España, y sucedió tan al contrario, que [...] cansado Vázquez Coronado de haber andado [...] tantas y tan largas tierras despobladas, [...] se tornó y deshizo la jornada, y vínose a la Nueva España [...]. (259)

Para el tlaxcalteca, la comunicación con la Nueva España y la vuelta a México son los elementos narrativos más relevantes, mientras los lugares distantes de la Nueva España aparecen como ásperos y hostiles. Este tipo de representación contribuye a construir una historia de “fracaso” que la investigación detecta hasta hoy en las exploraciones norteñas (Escudero Bazán). Allison Bigelow clasifica las infructuosas búsquedas por tesoros al norte de México como “un caso clásico de desvío colonial: los soldados preguntan por metales preciosos y reciben información sobre la tierra fértil”; o sea, ambas partes ven “la riqueza de forma diferente —como agrícola o como metalúrgica” (181, traducción de la autora). El problema yace entonces en los sistemas de valor distintos y en la desestimación del conocimiento no-europeo (Bigelow 293). El discurso del desastre moldea la idea de las expansiones post-conquista, aunque la versión de Díaz del Castillo sobre la jornada de

Vázquez Coronado es algo más amena que la de Muñoz Camargo —pero igual de incompleta, breve y fragmentada:

[...] Antonio de Mendoza y la Real Abdiencia de México enviaron a descubrir las Siete Cibdades, que por otro nombre se llama Cíbola. [...] Pues partido [Vázquez Coronado] [...] con muchos soldados [...], y después desde ciertos meses que hobo allegado a las Siete Cibdades, pareció ser que un fraile francisco que se dice fray Marcos de Niza había ido de antes a descubrir aquellas tierras, o fue en aquel viaje con el mesmo [...] Vázquez Coronado, que esto no lo sé bien. [...] [Y] vieron [...] los pueblos y casas con sobrados [de Cíbola], y subían por escaleras, parecióle al fraile que sería bien volver a la Nueva España, como luego vino, para dar relación al virrey. (997)

Resumiendo algunas supuestas verdades de la jornada, Bernal confiesa “que esto no lo sé bien”, y está confundido sobre las noticias divergentes de sus fuentes, de lo que unas y “[o]tras personas dijeron” (998) al respecto. Los últimos párrafos de la *Historia verdadera* mencionan nuevamente la expedición: “Dejaré de contar tantas cosas [...] ni tampoco quiero poner por memoria la entrada que fue desde México Francisco Vázquez Coronado a las cibdades que dicen Cíbola, porque yo no fui con él, no tengo que hablar en ello; los soldados que fueron aquel viaje lo sabrán mejor relatar” (1113). En una preterición lograda, Bernal demuestra sus habilidades retóricas manifestando que no se pronunciará más sobre Vázquez Coronado sólo para revelar después lo acontecido. Desafortunadamente, la materialidad del manuscrito de Bernal desbarata su intención y fragmenta su relato aún más:

Mas sé decir que en aquella sazón o pocos meses antes fue casado el Francisco Vázquez con una señora doncella muy virtuosa y hermosa, hija que fue del tesorero Alonso de Estrada. Y desde hobo llegado a la provincia de Cíbola, no le conten... la ... por la voluntad, que no halló en los soldados que le val... personas dijeron que por se volver a su... desto cayó malo de modorra y se paró ... no faltó quien dijo que quiso rem... la guerra de Troya y se hizo el loco ... En aquella entrada que... de pesos de oro de Su Majestad ...tero de otra armada ... capitán general conquistador cosas de muertes y trabajos de hambres y de otras malas venturas ... hacienda de Su Majestad y las suyas, y se volvieron a México perdidos. (1113)

Esta parte del texto sobre Cíbola se transmite, desde el “más sé decir que” hasta la vuelta a México, en un ritmo en staccato, con huecos y omisiones. El editor Guillermo Seres informa en una nota al pie de página que “[a]parte de la consabida rotura de la parte inferior del folio, en la otra esquina, la izquierda, hay una mancha que impide leer bien algunas palabras” (Díaz del Castillo 1113). Bernal cuenta lo que niega contar, pero sus palabras se silencian, orgánicamente, con el traspaso del tiempo, en el manuscrito dañado que obstaculiza la lectura. Los testigos oculares, empero, a los que el soldado cronista suplica que escriban sobre Cíbola existen. En 1539, Fray Marcos de Niza manda su *Relación*, que comienza con la instrucción del gobernador Antonio de Mendoza, a “la gran çiudad de Temixtitan Mexico de la Nueva España” y a “la dicha rreal audjençia” (Niza 94). El documento mantiene su tono factual hasta el final, pero se desliza cada vez más hacia lo ficcional concibiendo una historia de descubrimiento quimérico. Marcos sale de San Miguel de Culucán, por donde pasó Cabeza de Vaca unos años antes, con el antiguo compañero de aquél, el esclavo africano “Estevan de Dorantes negro”, hacia el norte (Niza 84). El fraile manda a Esteban como vanguardia para explorar el camino, y pronto se enteran de Cíbola, las siete ciudades de oro. Esteban llega primero a esta cuna de riqueza y es asesinado; fray Marcos observa el brillo urbano sólo desde lejos, no porque teme por su vida, sino para poder contar sobre el hallazgo extraordinario (Niza 84-93). Con su *Relación*, fray Marcos traslada el mito medieval de las siete ciudades de oro al territorio norteño (Baraibar 558), donde los mapas contemporáneos del Nuevo Mundo las ubican como referencia real.⁸ La metrópolis no se encuentra nunca — Díaz del Castillo se

⁸ Así como el mapa de Giacomo Gastaldi de 1548, de Paolo Forlani de 1565, las imágenes con adornos magníficos de João Martines de 1578, el mapa mundial de Richard Hakluyt de 1587, que muestra el lago dorado

equivoca cuando afirma que los conquistadores subieron las escaleras de Cíbola— pero en 1540, Vázquez Coronado partirá con su ejército desde México en busca del imaginario inalcanzable. Para una impresión duradera en sus lectores, fray Marcos declara de haber encontrado “cosa mayor y mejor que la Nueva España” (85) y que “[a]quí avia tanta notiçia de Çiuola commo en la Nueva España de Mexico” (88). Nueva España, como constante marco de referencia, se convierte en una estrategia textual para convencer a la Audiencia Real de la importancia de Cíbola: “La población es mayor que la cibdad de México [...]. Diciendo yo a los principales, que tenía conmigo, cuán bien me parecía Cíbola, me dijeron que era la menor de las siete ciudades, y que Totonteac es mucho mayor y mejor que todas las siete ciudades y que es de tantas casas y gente, que no tiene cabo” (93). Los superlativos del fraile plasman una ciudad mayor que México, sin embargo menor que las otras ciudades norteñas, insinuando que hay más secretos, más esplendor. A lo largo del relato, Cíbola ya no se mide con Tenochtitlan, sino a la inversa, México no se puede comparar más con las urbes imaginadas. Las exageraciones de fray Marcos imitan las noticias sobre las maravillas de Tenochtitlán, y las reinventan para la post-conquista que brevemente —hasta que la opinión pública comprende la farsa— adquiere su propia magnitud narrativa.

Conclusión

El lapso indeterminado de la post-conquista mexicana entrecruza diferentes historicidades y memorias. Crea conocimientos intermedios “provenientes de distintas tradiciones” y de un “enjambre de agencias culturales y políticas” (Castro-Klarén 90, 95) que entran en disputa. La post-conquista es un “umbral de época” que “ha de transformar los enunciados del anterior” sistema prehispánico y del choque de la conquista “en preguntas que él mismo aspira a contestar” (Blumenberg 561). Documentando la conquista, las crónicas reproducen el impacto del enfrentamiento colonial para la posterioridad. No tratan el intervalo después de 1521 con el mismo cuidado que la caída de Tenochtitlan, cuya indudable relevancia histórica favorecen. Las décadas después se entienden como transición inacabada, incierta e inconstante, cuyos acontecimientos rutinarios y pesados se descuidan y se pierden de la historiografía. La post-conquista se representa como el silencio, el vacío, el olvido, el desconocimiento, la remotidad, el aislamiento, el riesgo, la esperanza rota. Estas etiquetas parecen paradójicas frente a la alta producción literario-historiográfica de la época que estimula las más relevantes crónicas mexicanas —un género esencialmente post-conquista. La nueva era se narra frecuentemente en un estilo sencillo, fragmentado y con abreviaciones, ya que se desconocen los hechos exactos. Las crónicas afirman que carecen de autoridad para retratar la post-conquista, lo que Díaz del Castillo y Fernández de Oviedo adscriben a experiencia no vivida; o inventan, como Fray Marcos, ficciones fantásticas como si añorara regresar al ostentoso ayer que añoran. De las nuevas expansiones saben porque el punto de partida es la antigua capital azteca, pero las crónicas ubican el territorio norteño en los límites de su percepción topográfica. Dejan claro que la conquista no termina en 1521. La post-conquista mexicana provoca guerras en lugares lejanos que se miden con Tenochtitlan. Únicamente las relaciones norteñas invierten este proceso, como Cabeza de Vaca quien profundiza en su camino por el norte, no en la ciudad de México. La marginalidad de la post-conquista se localiza, según Muñoz Camargo, hasta en los barrios de los conquistados donde impera el canibalismo, el indígena salvaje. Estas nociones exaltan la superioridad española-tlaxcalteca-mestiza en una metrópolis fuertemente marcada por la presencia mexicana, y corresponden a las dinámicas sociopolíticas que intentan oprimir a las culturas no-europeas.

rodado por las siete ciudades de Cíbola, o el mapa del norte de América de Cornelis de Jode de 1593 (Fernández-Armesto 743).

Las crónicas de la post-conquista negocian la historia y la continúan, no a través de “la supervivencia de las mismas substancias ideales” —las certidumbres pre-conquista no quedan intactas para ninguno de los actores— sino porque imponen “la obligación de saber lo que [...] antes ya se había sabido” (Blumenberg 56). Recuperando el pasado y marginalizando el presente, fundan la base del futuro. Establecen la conquista mexicana como “gran relato” — con “el gran héroe, los grandes peligros, los grandes periplos y el gran propósito” (Lyotard 4) — de la época colonial moderna.

Obras citadas

- Alarcón, Norma. "Traddutora, Traditora: A Paradigmatic Figure of Chicana Feminism." *Cultural Critique* 13 (1989): 57-87.
- Atkinson, Niall. "Seeing Sound. Mapping the Florentine Soundscape." En Nicholas Terpestra y Colin Rose eds. *Mapping Space, Sense, and Movement in Florence. Historical GIS and the Early Modern City*. London / New York: Routledge, 2016a, pp. 149-168.
- Atkinson, Niall. *The Noisy Renaissance. Sound, Architecture, and Florentine Urban Life*. Pennsylvania: Penn State University Press, 2016b.
- Baber, R. Jovita. "Empire, Indians, and the Negotiation for the Status of City in Tlaxcala, 1521-1550". En Ethelia Ruiz Medrano & Susan Kellogg eds. *Negotiation within Domination: New Spain's Indian pueblos confront the Spanish State*. Boulder: University Press of Colorado, 2010, pp. 19-44.
- Baraibar, Álvaro. "Mito y realidad en torno a Cíbola: las relaciones de fray Marcos de Niza y Pedro Castañeda de Nájera." *Neophilologus* 99 (2015): 553-567.
- Betti, Miguel. "La conquista de la Tierra Nueva: de los espacios de poder al poder del espacio (América Septentrional, siglo XVI)". *e-Spania* 35 (2020): s.p.
- Bigelow, Allison Margaret. *Mining Language. Racial Thinking, Indigenous Knowledge, and Colonial Metallurgy in the Early Modern Colonial World*. Chapel Hill: University of North Carolina Press, 2020.
- Boornazian Diel, Lori. *The Codex Mexicanus. A Guide to Life in Late Sixteenth-Century New Spain*. Austin: University of Texas Press, 2018.
- Blumenberg, Hans. *La legitimización de la Edad Moderna*. Traducido por Pedro Madrigal. Valencia: Pretextos, 2008 [1966].
- Cabeza de Vaca, Álvar Núñez. *Naufragios*. Ed. Eloísa Gómez-Lucena & Rubén Caba. Madrid: Cátedra, 2018 [1542].
- Castro-Klarén, Sara. "Produciendo a Sahagún. El problema de la autoría en Sahagún, Pablo de San Buena Ventura, Antonio Valeriano, Alonso Vegerano, Martín Jacobita y otros, o Sahagún y los neo-tlacuilos." *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana* 43/86 (2017): 89-110.
- Costilla Martínez, Héctor y Francisco Ramírez Santacruz. *Historia adoptada, historia adaptada. La crónica mestiza del México colonial*. Madrid: Iberoamericana, 2019.
- Díaz del Castillo, Bernal. *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*. Ed. Guillermo Seres. Madrid: Real Academia Española, 2011.
- Escudero Baztán, Juan Manuel. "La 'Relación de la jornada de Cíbola' de Pedro Castañeda de Nájera como una poética del fracaso." *Romance Notes* 55/1 (2015): 35-44.
- Fernández-Armesto, Felipe. "Maps and Exploration in the Sixteenth and Early Seventeenth Centuries." En David Woodward ed. *The History of Cartography, Volume 3. Cartography in the European Renaissance. Part 1*. Chicago: Chicago University Press, 2007, pp. 738-770.
- Fernández de Oviedo y Valdés, Gonzalo. *Historia general y natural de las Indias, islas y tierra-firme del mar océano*. Ed. José Amador de los Ríos. Madrid: Real Academia de la Historia, 1853.
- Flint, Richard y Shirley Cushing Flint. *A Most Splendid Company. The Coronado Expedition in Global Perspective*. Albuquerque: University of New Mexico Press, 2019.
- García Quintana, María José. "Historia de una Historia. Las ediciones de la *Historia general de las cosas de la Nueva España* de Fray Bernardino de Sahagún." *Estudios de la Cultura Náhuatl* 29 (1999): 163-188.
- Gibson, Charles. "The Identity of Diego Muñoz Camargo." *The Hispanic American Historical Review* 30/2 (1950): 195-208.

- Jáuregui, Carlos A. *Canibalia. Canibalismo, calibanismo, antropofagia cultural y consume en América Latina*. Madrid: Iberoamericana, 2008.
- Liotard, Jean-François. *La condición postmoderna. Informe sobre el saber*. Trad. Mariano Antolín Rato. Madrid: Cátedra, 1987 [1979].
- Mundy, Barbara E. *The Death of Tenochtitlan, the Life of Mexico City*. Austin: University of Texas Press, 2015.
- Muñoz Camargo, Diego. *Historia de Tlaxcala*. Ed. Alfredo Chavero. México: Secretaría de Fomento, 1892.
- Navarrete Linares, Federico. “Las historias tlaxcaltecas de la conquista y la construcción de una memoria cultural”. *Iberoamericana* XIX/71 (2019): 35-50.
- Niza, fray Marcos de. “Relación (1539).” Ed. Jerry Craddock. *Romance Philology* 53 (1999): 69-118.
- Rabasa, José. “Pre-Columbian Pasts and Indian Presence in Mexican History.” En Álvaro Félix Bolaños & Gustavo Verdesio eds. *Colonialism Past and Present. Reading and Writing about Colonial Latin America Today*. Albany: State University of New York Press, 2002, pp. 51-78.
- Ríos Castaño, Victoria. *Translation as Conquest: Sahagún and Universal History of the Things of New Spain*. Madrid / Frankfurt: Iberoamericana / Vervuert, 2014.
- Sahagún, Bernardino de. “Incursiones de los españoles en la ciudad sitiada”. En Miguel León-Portilla ed. *Visión de los vencidos. Relaciones indígenas de la conquista*. Versión de textos nahuas por Ángel María Garibay K. y Miguel León-Portilla. México: UNAM, 2013 [1959], pp. 137-151.
- Sahagún, Bernardino de. *Historia general de las cosas de la Nueva España*. Tomo B. Ed. Juan Carlos Temprano. Madrid: Historia 16, 1990.
- Todorov, Tzvetan. *La conquista de América. El problema del otro*. Trad. Flora Botton Burlá. México: siglo XXI editores, 1987 [1982].
- Townsend, Camilla. *El quinto sol. Una historia diferente de los Aztecas*. Traducido por Mario Zamudio Vega. México: Grano de Sal, 2021.
- Townsend, Camilla. *Fifth Sun. A New History of the Aztecs*. Oxford: Oxford University Press, 2019.
- Undreiner, George J. “Fray Marcos de Niza and His Journey to Cibola”. *The Americas* 3/4 (1947): 415-486.
- Valdeón, Roberto A. *Translation and the Spanish Empire in the Americas*. Ámsterdam: John Benjamins, 2014.
- Velasco, Salvador. “El ‘Coloquio de Tlaxcala’ de Diego Muñoz Camargo.” *Estudios de cultura náhuatl* 34 (2003): 307-329.
- Ward, Thomas. “From the ‘People’ to the ‘Nation’: An Emerging Notion in Sahagún, Ixtlilxóchitl and Muñoz Carmargo.” *Estudios de cultura náhuatl* 32 (2001): 223-234.